

SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA PRIMERA SEMANA

DE QUARESMA.

SOBRE LA RECAIDA EN EL
pecado.

Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre se hace peor que el primero. *Matth.* 12. v. 45.

QUÉ terrible pintura de la recaída nos presenta hoy el Evangelio, Católicos! de aquel pecado tan comun, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los Christianos! No podemos idear cosa mas horrible que la suerte de un hom-

hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del genero humano, aunque propiamente hablando no es mas que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupcion; pero si se ha de creer á nuestro Divino Maestro, es mucho mas deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desordenes, despues de haber gustado el Don celestial se dexa arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen alli para no volver á salir. *Et intrantes habitant ibi. (a)*

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro Divino Salvador que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Porque nos dá á entender que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, quando despues de haberle dexado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, Católicos, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea tan horrible, y por qué es tan difícil el levantarse despues de haber recaído? Ved aqui las razones; oidlas vosotros los que hasta ahora no habeis desmentido vuestra fidelidad para con Dios, á fin de que os sirvan de preservativos contra tan gran desgracia: y vosotros, que acaso habeis caminado hasta ahora en la alternativa de reconciliaciones y pecados, que des-

(a) *Matth.* 11. v. 45.

Dd 2

después de haber dado algunos pasos para vuestra conversión volveis atrás, y que lejos de vivir asustados por vuestro estado, confiáis en algunos transitorios movimientos con que os volveis á Dios, escuchad también estas razones, y ved si está bien fundada la funesta tranquilidad en que vivís.

Digo, pues, que el pecado de recaída imprime en nosotros como una señal de reprobación, y que rara vez nos volvemos á levantar. ¿Por qué? porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa, y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recayó, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad, ni ignorancia, sino la mas odiosa ingratitude, la mas infame perfidia, y el mas declarado desprecio. En segundo lugar, todo debe temerse del pecado de recaída, porque comunmente guía á la impenitencia, y á un estado fixo y tranquilo de pecado. Dos motivos de que me he de valer hoy para hacerós temblar acerca del estado del pecador que recae; lo enorme del pecado de recaída, y el peligro de la recaída: éste es el pecado menos excusable y mas peligroso de todos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

A Si como el agradecimiento es la obligación mas esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra mas zeloso el Soberano bienhechor de los hombres; la ingratitude es el vicio mas injusto, y del que comunmente se muestra mas ofendida su bondad. Pues, amados oyentes míos, si después de haberos levantado en este santo tiempo por la gracia de los Sacramentos volveis á caer, y á vivir en vuestros antiguos desordenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitude está acom-

acompañada de las mas abominables circunstancias. Id-las notando conmigo.

Primeramente, quanto mayor es el beneficio, tanto es mas abominable la ingratitude con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos, ¿qué beneficio mas señalado que el de vuestra libertad, la que recibisteis, quando movidos del horror de vuestros delitos venisteis á descubrirlos al pie de los Altares, y á prometer á Dios una vida mas retirada? Acordaos del infeliz estado de que entonces os sacó la gracia: Erais hijos de ira, miembros del Ante-Christo, y monstruos de iniquidad: Estabais cargados de mil anathemas que debian haceros eternamente enemigos de Dios; no teniais parte en la esperanza de los Christianos; ya estabais juzgados, y vuestra condenacion era indefectible. ¿Podía ser mas terrible vuestra desgracia? Pues oponed á esta deplorable situacion el estado en que os colocó la gracia de los Sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesu-Christo; vuestra alma hermosa con la justicia se hizo morada del Espiritu Santo; recibisteis la caridad, aquel don que durará eternamente, mas precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesion gozais de todos los demás bienes, sin el que nada seriais, aun quando fuerais Monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿Puede pagarse dignamente, aun quando se emplee toda la vida en agradecimientos? ¡Ah! Los Santos en la inmortal morada de la gloria darán eternas gracias por él; y con todo eso les parecerá corta la misma eternidad para emplearse en un respeto tan justo y de tanto consuelo.

Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto interválo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude. Es verdad que el favor que no existe, no despierta tanto el agradecimiento; y que el haber

ber mucho tiempo que se recibió el beneficio, suele hacer que nos olvidemos del bienhechor; pero aquí aun están vivos en vuestra alma los dones de la gracia, no podreis extinguirlos sino con vuestras infidelidades. Estos dones son eternos por su naturaleza, y hubierais podido conservarlos siempre, si hubierais sabido conocer el don de Dios, y no destruir lo que su mano misericordiosa acaba de edificar en vuestras almas.

Pero aun quando no fuerais el mas ingrato de todos los pecadores por razon de la grandeza del beneficio; acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabas, alma infiel, quando Dios movió tu corazon? ¡Ah! Bien lo sabes; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el ultimo grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubiera negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedertela? ¡Ah! Acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento, en que debiera haber arrojado sobre tí todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que mas mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrájando? ¿Qué era lo que pasaba en tu corazon quando se dignó mirarte con ojos de misericordia? ¿Gozabas acaso tanta felicidad en los deleytes que te pudieses pasar sin tu Dios? ¿No estabas entregado á los amargos disgustos consiguientes á las pasiones; desamparado de las criaturas que habias preferido al Criador; cansado de los placeres, y sin hallar en el pecado mas que funestos remordimientos? Y quando te hallabas en este estado, abandonado de los falsos dioses en quienes habias puesto tu confianza, se sintió movido de amor para contigo: te visitó en tu afliccion; se hizo tu consolador y tu amigo en la ad-
ver-

versidad. ¡Ah! ¿pudo escoger circunstancias mas propias para hacerte estimar su beneficio, y obligarte á su agradecimiento y á una fidelidad eterna? Y no obstante esto, luego que el mundo ofrece á tu vista el menor vislumbre de fortuna ó de placer, te vuelves á alistar baxo sus estandartes; te olvidas del beneficio y de tu mismo bienhechor; le das á conocer que solamente te habias vuelto á él, quando el mundo no hacía caso de tí, y le arrojas otra vez indignamente de tu alma. ¿Puede haber ingratitud mas digna de todos los castigos?

En tercer lugar. No hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; ¿con qué conciencia venisteis al Sagrado Tribunal de la Penitencia? Allí visteis horrorizarse al ministro de Jesu-Christo, y aun no podiais sufrir su presencia sin temblar á sus pies, llenos de confusion y de espanto. ¿Quánto tiempo habia que estaban señalados todos vuestros dias y todos vuestros instantes con las mas vergonzosas caídas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el Profeta, no son á su vista mas que un dia, y la infinidad de pecados de que erais culpables, no han sido en su presencia mas que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entonces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubierais cometido; su bondad las selló en un saco, y las arrojó á lo profundo del mar; las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Quanto mas se olvidó el Señor de las ofensas, mas debiais vosotros conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas; pero si despues de esto quereis volver al pecado, ¿qué es lo que vais á hacer, Católicos? Mirad que asi como vuestra ingratitud es la mas abominable, las resultas de vuestra culpa deben ser las mas funestas; con el paso que vais á dar, haceis como que revivan todos vuestros antiguos desordenes; vais á ratificar con
ese

ese nuevo pecado todas vuestras culpas pasadas; antes del fatal momento de vuestra recaída, sucedía con vuestros antiguos delitos lo que con aquellos huesos áridos y secos de que vió cubiertos los campos de Babylonia el Profeta Ezequiel; el campo de vuestra alma estaba cubierto de estos tristes despojos, y de aquellas inanimadas reliquias de vuestros pasados desordenes; estaban muertos á la vista de Dios; su gracia omnipotente habia dado el fatal golpe á todos esos monstruos, y dormian en vuestro corazon un sueño eterno; pero el ingrato consentimiento que vais á prestar á esa nueva ofensa, será la funesta señal que los resucitará á todos; luego que salga de lo profundo de vuestra corrupcion ese soplo de muerte, los vereis revivir en vuestra presencia, y volver á tomar su antigua fuerza y vigor: *Insuffla super interfectos istos, & reviviscant.* (a) Un exercito de monstruos resucitará en vuestro corazon, se formarán de aquellos huesos áridos unos enemigos furiosos, poderosos y formidables, y ocuparán el campo de vuestra alma, el que será destruido y arruinado como en otro tiempo: *Steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde.* (b); Oh gran Dios! y qué poderosa es la malicia de una sola ofensa, pues por decirlo así, puede dár alma y vida á lo que ya no existía, y casi obligaros á revocar vuestras gracias. (c)

No quiero decir, Católicos, que Dios se arrepiente de sus dones, ni que un pecado perdonado pueda imputarse otra vez; pero es tal la malicia de la recaída, que el acto con que recaeis es como una accion que dá nuevo consentimiento á todos vuestros primeros vicios, retratais vuestras lágrimas y vuestro dolor, os arrepentís de haberos arrepentido, decís á Dios con las disposiciones de vuestro corazon: Señor, olvidaos de mi

(a) *Ezech. 37, v. 9.*(b) *Ibid.* (c) *Rom. 11. v. 9.*

mis lágrimas y de mis protestas, pues yo mismo me he olvidado de ellas, yo os vuelvo el perdon que me concedisteis; tomad vuestras gracias y vuestros beneficios, pues yo voy á entrar en mis antiguos caminos. Y así, Dios que juzga al hombre por el estado de su corazon, empieza á imputaros lo que vosotros mismos dexais de aborrecer y llorar. En segundo lugar. Es tal la malicia de la recaída, que despierta y reproduce en vosotros, por decirlo así, toda la corrupcion que habian introducido en vuestros corazones los desordenes antiguos, y ella sola os comunica tanta flaqueza y tanta insensibilidad en orden á la salud eterna, tanta separacion de Dios, y tanta ansia por el mal, como pudieran inspiraros vuestros pasados desordenes todos juntos. En tercer lugar finalmente, añade á aquel primer estado de corrupcion en que estabais, la circunstancia de una nueva caída; esto es, un nuevo grado de miseria y de flaqueza tan monstruoso, que mil pecados repetidos antes de vuestra reconciliacion y de vuestra recaída no os hubieran apartado tanto de Dios, ni sepultado tan profundamente en el deplorable abismo. Estos son los horrores de la ingratitud, y las terribles consecuencias de una sola culpa.

En segundo lugar; el pecador que recae, añade á la ingratitud la perfidia; quebranta la fé que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales Espíritus; quebranta una alianza sellada con lo mas sagrado y augusto de la religion, confirmada con la sangre del Cordero, y con las mas irrevocables solemnidades; hace traycion á unas promesas juradas en manos de el ministro de la reconciliacion, que las habia recibido en nombre de Jesu-Christo. No fueron estas promesas como aquellos juramentos, cuyo quebrantamiento puede escusar la precipitacion; son unas prome-

sas hechas con madurez: Y despues de haber resistido mucho tiempo á la gracia que se las pedia, despues del augusto aparato con que fue acompañada esta grande accion, despues de haber jurado al pie de los altares, y á vista del cielo y de la tierra una fidelidad eterna á su Dios, quebranta su fé, y falta á su promesa. ¡Ah! ¿Os preciais de ser fieles con las criaturas, amados oyentes míos, sois religiosos en vuestras palabras, y quereis ser tenidos por tales, y no os avergonzais de ser pérfidos con vuestro Dios? ¿La probidad y buena fé quando tratais con vuestro Padre y vuestro Señor no os parece una virtud tan apreciable? ¿No teneis por baxeza el ser tantas veces cobarde, infiel, y sin honor á su vista? ¡Ah! En otro tiempo se quejaba el Señor por su Profeta de que el pecador no le distinguia del hombre: *Existimasti iniquè quòd ero tui similis.* (a) Pero hoy os pregunto yo, ¿tratais con él como con los hombres? ¿Os preciais á lo menos de ser en la religion lo que sois en la sociedad, franco, sincero, fiel, incapáz de faltar á vuestra palabra, y de violar la religion de vuestras promesas? ¿Acaso recibisteis del cielo solamente para los hombres un corazon noble, generoso, recto, é incapáz de vilezas? ¿Por qué no le habeis de emplear en servir al que os le dió? Y en vosotros particularmente, amados oyentes míos, la perfidia es tanto mas culpable, quanto vuestras promesas de fidelidad estubieron acompañadas de mas señales de dolor y de buena fé, porque permitidme que os trayga aqui á la memoria aquellos felices instantes, en que movidos del arrepentimiento venisteis á derramar la amargura de vuestro corazon al pie de los Sagrados Tribunales de la Penitencia. ¡Qué suspiros! ¡Qué

(a) *Psalm. 49. v. 21.*

sincéros pesares por lo pasado! ¡Qué tiernas protestas de una eterna fidelidad para lo sucesivo! ¡Con qué compuncion os quejabais á Dios de haberle conocido tan tarde! ¿Quántas veces le repetisteis, al levantáros de los pies del Sacerdote, y despues de haber soltado la carga de vuestros delitos, que aquel momento de penitencia era el mas suave y mas feliz de vuestra vida, y que en la realidad nunca habeis estado tranquilos sin él? ¡Ah infiel! ¿Y despues de unas muestras tan tiernas de reconciliacion, vuelves de nuevo á declararle la guerra? Vas á olvidarte de unas promesas, que aun quando no fuera suficiente el respeto debido al Señor á quien las hiciste para que nunca las violases, solamente tus suspiros y lágrimas bastaban para hacerlas sagradas. ¡Ah! Las piedras de este templo, que fueron testigos de tus suspiros y de tus protestas, se levantarán contra tí delante del Señor, dice Habacuc; esos Sagrados Tribunales que acaban de ser depositarios de tus juramentos, de tus lágrimas, y de tus culpas, parecerán algun dia delante de todo el universo junto: *Lapis de pariete clamabit: & lignum, quod inter juncturas est, respondebit.* (a) Allí reconocerás tus lágrimas, tus suspiros, tus protestas, tus promesas de fidelidad, gravadas con caractéres inmortales, y serás condenado por tu propia boca.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horrorizado siempre que habeis oído contar la historia de los trabajos del Salvador, ó que os han hablado de la perfidia del discípulo que le entregó; nunca habeis oído el nombre de este monstruo sin horrorizaros de nuevo; pero aun me parece mas infame vuestra recaída despues de los gemidos de la penitencia: porque,

(a) *Habac. 2. v. 11.*

que, á lo menos, no se lee que Judas hiciese á Jesu-Christo grandes protestas de fidelidad: De casi todos los demás discipulos las refiere el Evangelio. *Vamos á morir con él*, decia Santo Thomás. (a) *Señor, manifestadnos vuestro Padre, y eso nos basta*, decia San Felipe. (b) *Aun quando todos los demás os abandonáran*, decia San Pedro, *yo nunca os abandonaré*. (c) Solamente Judas no habla en parte alguna; y á lo menos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendierais entretener á Jesu-Christo con las mas fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa; vuestro libertador, como la hija de Sion; vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazon, como el penitente Rey; y con todo eso estos afectos no eran mas que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! Qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista, despues que has vuelto á tus antiguos caminos. *Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas*. (d)

En tercer lugar, á la ingratitud de la perfidia añadís tambien el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruído, dice San Pablo, me declaro prevaricador; (e) esto es, transgresor declarado de la ley. ¿Es posible que os hayais de volver á Satanás despues de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesu-Christo? ¿Despues de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La

- (a) Joan. 11. v. 16. (b) Ibid. 14. v. 8.
 (c) Matth. 26. v. 33. (d) Jerem. 2. v. 36.
 (e) Galat. 2. v. 18.

comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleytes de los sentidos con los de la gracia, á Jesu-Christo con Belial, y no obstante os declarais á favor de este último, y afirmáis que es mayor, mas amable, y mas digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh, Señor! ¡Qué ultrage de vuestra gloria, siendo Vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division, y á quien insulta el igualaros á las criaturas, aun en el amor, y en el respeto!

Y á la verdad, Católicos, que quanto en sí tiene de infame un desprecio se halla en este. Vuestra eleccion no puede ser ciega, ni se puede escusar con la ignorancia. Vosotros habeis visto, habeis conocido, habeis experimentado por ambas partes; tampoco puede vuestra eleccion ser indiferente, ni podeis alegar engaño en ella. ¡Ah! Estabais instruidos, tanto de vuestra propia flaqueza, como del peligro de las ocasiones, y en este punto os habia hecho muy habiles una funesta experiencia. Finalmente, tampoco puede ser una eleccion tranquila, sin remordimiento, sin el secreto aviso de la conciencia, como quando caisteis antes de vuestra confesion. ¡Ah! Es preciso que tembleis antes de pasar adelante; vuestro corazon casi se negará á sí mismo; la memoria de la gracia que recibisteis en vuestra reconciliación, que indignamente habeis profanado, se os presentará con mil temores secretos.

Esto era lo que en otro tiempo reprehendía San Cypriano á los fieles, que durante la persecucion habian tenido la desgracia de recaer en la Idolatría. Antes de vuestra regeneracion en Jesu-Christo, amados hermanos míos, les decia, ofendiais á un Dios que nunca habiais conocido; adorabais sin remordimientos á vuestros Idolos, y aquella funesta seguridad podia minorar á la vista de Dios el horror de vuestras idolatrias;

trías; pero quando atemorizados con las amenazas del Tirano fuisteis llevados al Capitolio, y os acercasteis al altar sacrilego: *Quando ad Capitolium ventum est*, (a) atemorizados con la memoria de la gracia que poco antes os habia llamado á la luz de el Evangelio; y sacado de los desordenes de vuestras primeras costumbres; acobardados con la enormidad de una apostasía, que iba á hacer inútiles todos los trabajos de vuestra penitencia, y todos los dones que habiais recibido con la fé de Jesu-Christo, empezaron á temblar vuestros pasos, *labavit gressus*; á turbarse vuestra vista, *caligavit aspectus*; á conmovirse vuestras entrañas, *tremuerunt viscera*; á caerse vuestras manos por su propio peso, y á negarse al detestable ministerio del incensar, *brachia conciderunt*; vuestra lengua temblando al mismo tiempo de ir á negar á Jesu-Christo, se detuvo, y no pudo pronunciar sin mucho trabajo las palabras de blasfemia, *lingua hasit*. En una palabra, os acercasteis al altar, adonde os llevaron para sacrificar á los Idolos, temblando y confusos, como si os condujeran allí para ser vosotros mismos sacrificados: *Ara illa quòd moriturus accessit, rogas illi fuit*. Pues, alma infiel que me oyes, tal será tu angustia quando estés para recaer en pecado. Y no obstante estas vivas luces, prosigue San Cipriano, que os manifestaban el horror de vuestra apostasía, os postrasteis delante del Idolo, y declarasteis en presencia del cielo y de la tierra, que Jesu-Christo era un impostor, y que no queriais tener comercio con él. ¡Ah, hermanos míos! continuaba aquel eloqüente Obispo, y tambien yo pudiera decir lo mismo; ¿por qué no habeis vivido hasta ahora en las tinieblas de vuestra primera ignorancia? ¿Para qué

(a) *Cyprian. de lapsis.*

habeis conocido al Señor de la gloria? Mas util os hubiera sido el no haber entrado jamás en los caminos de la justicia, que el volver atrás despues de haberlos conocido. ¿Para qué os manifestariamos la vanidad de los Idolos? en tal caso no seriais mas que unos ciegos, y ahora sois despreciadores de Jesu-Christo; no seriais mas que unos insensatos adoradores del demonio, y ahora sois blasfemadores declarados del verdadero Dios.

Pero, Católicos, la razon de parecerme que el desprecio del pecador que vá á recaer dexa menos esperanza de perdon, es porque una recaída tan pronta y repentina es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar para reconciliarse con Dios, porque es una prueba casi cierta de que no dió á Jesu-Christo el beso de paz, sino para entregarle, y de que no recibió los Sacramentos, sino para profanarlos; y á la verdad, Católicos, el arrepentirse y volver á caer inmediatamente, el purificarse y volverse á manchar de nuevo, ¿es penitencia, ó burla? ¿Puede haber cosa que mas insulte á Dios, que el que una vil criatura se humille en su presencia exteriormente, que le pida la gracia, que le haga repetidas protestas de fidelidad, y que al mismo tiempo le ultrage en su corazon, que prefiera á él los mas indignos objetos, que le niegue por su Señor y su dueño, que desmienta en alta voz lo que le parece que estaba confesando? Despues de un ultrage semejante la debe quedar cerrado para siempre el seno de la divina misericordia.

Pero dirá alguno: ¿Por ventura no puede ser sincera la conversion que precede á la recaída? Bien sé, Católicos, que el Sacramento de la Penitencia no fija la inconstancia del corazon humano; que no arranca de él aquella raíz de corrupcion que solamente puede consumir la inmortalidad, como dice San Pablo; y

no es mi intento decir aquí absolutamente, que quando uno vuelve á caer en el pecado, despues de haber sido penitente, haya profanado la penitencia. Pero en primer lugar; el que ha salido verdaderamente justificado de los pies de los altares, y quando la gracia santificante, que sigue al Sacramento, ha criado en el hombre un corazon nuevo, no se pasa en un instante del estado de justicia al de pecado. La gracia de la santificacion dexa en el alma inclinaciones é impresiones durables, como el hábito del vicio. Es verdad que se puede recaer, pero esto es despues de muchos días y de muchos años; despues que el tiempo ha entibiado insensiblemente la caridad; despues que mil ocultas infidelidades han preparado el alma para una nueva caída, y dispuesto el Espiritu de Dios á que la abandone. Ved ahora, amados oyentes míos, si es esta la imagen de vuestras recaídas, y si la gracia del Sacramento conserva por mucho tiempo vuestra inocencia.

En segundo lugar; en el Sacramento de la Penitencia recibís, además de la gracia santificante, otras gracias de conversion, que son efecto de la primera; unos socorros que deben facilitaros el exercicio de vuestras obligaciones, daros nuevas fuerzas contra el vicio, y defenderos contra las ocasiones: y no obstante esto, al salir del Tribunal de la Penitencia os hallais el mismo; se observan las mismas caídas en las mismas circunstancias; la presencia del objeto que triunfaba de vuestra flaqueza, triunfa todavia; la injusta ocasion de ganancia que engañaba vuestra avaricia, la engaña todavia; la complacencia que os hacía infieles á vuestra obligacion, aun produce el mismo efecto; no se os vé apartados de aquellas concurrencias, de aquellos lugares, de aquellas conversaciones, de aquellos placeres de que tantas veces os habeis confesado; no dexais de cultivar aquellas amistades que fueron siempre fatales á vuestra inocencia; no os privais del juego que ha

cu

si-

sido siempre la mas importante ocupacion de vuestra vida; nada minorais en vuestros gastos, con los que padecen los acreedores, los criados, y aun los pobres; nada cercenais al sueño, en el que con la vanidad de vuestros pensamientos, y con el regalo de vuestra cama, haceis que descansa vuestra imaginacion sobre ideas peligrosas siempre para vuestra alma; nada enmendais de una vida inutil que os condena; no se os vé tomar precauciones para lo por venir, ni medidas para expiar lo pasado: no conoceis las maceraciones, las vigiliias, y todo el aparato de la penitencia: despreciáis la oracion, el recogimiento, el retiro, y todos aquellos socorros que son tan necesarios para la piedad. En una palabra, aun sois el mismo, y en vosotros el penitente se parece en todo al pecador. ¡Ah! luego no fue el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio; si fuera así, el reyno de Dios, dice Jesu-Christo, estaria establecido dentro de vosotros mismos: *Si in digito Dei ejicio demonia, profecto pervenit in vos regnum Dei.* (a) Quando Vos, ¡oh Dios mio! habeis curado á una alma, se dexa ver que se ha mezclado en esta obra vuestra mano omnipotente; vuestros milagros, y las transformaciones de vuestra gracia son durables, y no se parecen á aquellas ilusiones de los impostores, que desaparecen inmediatamente despues de haberlas visto.

La penitencia verdadera, Católicos, es un nuevo estado del corazon, que muda nuestras acciones y corrige nuestros desordenados afectos; es un nuevo gusto que nos hace amargo el pecado, y agradable el don celestial; es un nuevo amor que nos hace amar lo que habiamos despreciado, y despreciar lo que ha-

bia-

(a) *Luc. II. v. 20.*
Tomo III.

biamos amado ; es un dolor eficaz que renuncia efectivamente al pecado ; un dolor justo que le castiga ; un dolor sobrenatural que le detesta por un motivo semejante al que tiene Dios para aborrecerle ; finalmente , un dolor prudente que nunca le parecen bastantes todas las medidas para evitarle. Juzgad por esta pintura los que estais continuamente recayendo , si son verdaderas vuestras penitencias , y si al salir del Sagrado Tribunal os hallais profanador ó penitente.

No me atreviera á decirlo aquí , Católicos , si antes que yo no lo hubieran dicho los Santos ; todos tuvieron á la penitencia de estos pecadores que continuamente recaen por públicas irrisiones de los Sacramentos ; por atentados semejantes á los de los infieles , que venian á nuestros templos á pisar los santos misterios , ó que en los teatros infames exponian la verdadera representacion á la burla de los espectadores. Por eso en aquel tiempo , quando un infiel despues de haberse purificado con los penosos ejercicios de la penitencia pública volvia á caer , no se le admitia mas en el número de los penitentes públicos ; no porque se desesperase de su salvacion , sino porque además de temerse que si se hacía muy comun el remedio , vendria á ser despreciado : se suponía que un fiel que despues de las lágrimas y trabajos de la primera penitencia volvia á caer , no habia sido mas que un impostor , y solo penitente en la apariencia ; y que así , ofrecer la sangre de Jesu-Christo á un pecador que habia abusado de ella , era exponerla. Hasta en las figuras de la ley estaba anunciada esta terrible verdad. Aquel cuya lepra volvia á manifestarse despues de haber sido curada una vez , tenia obligacion de comparecer delante del Sacerdote que le habia curado , y este le declaraba inmundo por toda su vida , esto es , excomulgado , separado del Altar , de los Sacrificios , y del

del comercio de sus hermanos : *Immunditia condemnabitur.* (a)

¡ Dios mio , y se usaba de toda esta severidad por una sola recaída ! se desconfiaba de una penitencia que solamente habia tenido segunda infidelidad. ¡ Ah ! Juzgad , amados oyentes míos , lo que los Santos hubieran pensado de vosotros , y lo que aun hoy piensa la Iglesia ; juzgad de las quejas que algunas veces formais contra los Ministros de los Sacramentos , que hallandoos siempre infieles no se atreven por último á absolveros hasta haber hecho largas experiencias , temiendo echar lo santo á los perros. ¡ Ah ! Bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo ; bien sé que comprehende la misma maldicion de Dios al que añade un solo punto á su ley , por un exceso de rigor , que al que le quita por una culpable cobardía ; y que no debemos con una ostencion de severidad dár motivo á los pecadores para que se aparten de las cosas santas : ¿ Pero se han de abrir inmediatamente los tesoros del Santuario á unos profanos que los han manchado mil veces ? ¿ Se ha de entregar sin precaucion la sangre de Jesu-Christo á unos pérfidos que siempre le han hecho traycion ? ¿ Se ha de dár crédito á unas promesas continuamente violadas ? ¿ No debemos cerrar por algun tiempo el cielo , como Elías á los adoradores de Baál , que claudican hácia una y otra parte , en frase de la Escritura , y que viniendo á invocar al Señor en una solemnidad , ván desde allí á sacrificar al ídolo ? ¿ No debemos saber como Eliséo detener algunas veces el aceyte de la gracia , y la virtud de los Sacramentos , quando solamente nos presentan unos vasos llenos , quiero decir , unos corazones poseídos siempre de las mismas pasiones ? ¡ Ah ! ¿ Qué haríamos en concederos el perdon que

(a) *Levit.* 13. v. 8.